

me dio todos los datos posibles para que pudiese hacer un trabajo eficaz y un trabajo feliz. Si no hubiese tenido la dedicación de la traductora, el conductor o la gente que programaba donde yo quería ir, estoy segura de que hubiese sido más difícil todo. Fueron, para mí, pocos días, pero conté con un apoyo importante. Eso permitió que nos quedásemos a dormir en distintos sitios cuando los viajes eran largos; allí las carreteras son malas. Insisto, tuve un gran apoyo parte de la Fundación. Tengo que decir que me lo pusieron muy fácil. Los pueblos que están atendidos por la Fundación son muy agradecidos. Vicente Ferrer fue una persona muy grata a quien adoraban por su carisma y generosidad y por todo lo que había luchado para que la zona de Anantapur saliese adelante, con recursos de todo tipo.

—Aparte de esa ayuda y colaboración, ¿resultado fácil el trabajo?

—No fue, ni muchísimo menos, un trabajo fácil. Cada día regresaba bastante hundida. Cuando me preguntaban los voluntarios, a la hora de la cena, por el día que acababa siempre les contestaba que creía que no había hecho ninguna foto buena. “He trabajado mucho pero no estoy segura de haber recogido alguna imagen que merezca la pena”. Así estuve días y días.

Con ellos, con la gente de las aldeas, no tuve ningún problema, al contrario. Eran pura generosidad y curiosidad por saber quien era esa fotógrafa que se metía en las casas, que preguntaba por todo, que se encariñaba con ellos o con la que reían juntos. Por parte de la población, todo fueron facilidades.

Me llamó la atención que en las escuelas de la Fundación no hubiese pupitres, sino que los alumnos se sentaban en el suelo. Me explicaron que lo hacían así para que no sintiesen la pobreza cuando regresaban a casa; la mayoría se sienta en el suelo porque no tienen muebles.

—Usted ya conocía La India, ¿no es así?

—Empecé a ir en el 2001 y he viajado habitualmente a ese país. Iba casi todos los años, ahora con más frecuencia. Me gustaría hacer un trabajo sobre los festivales en La India, que son tantos, tan diferentes y tan interesantes por la cantidad de gente que participa, por el color, por el movimiento. En La India tienen muchísimos dioses, el hindú es un ser muy espiritual, muy creyente y religioso e intenta llevar una vida lo más correcta posible con su religión.

—Parece como que el trabajo de la Fundación Vicente Ferrer le haya tocado la fibra a Cristina García Rodero.

—Lo primero que ves con la Fundación es como un hombre ha sido capaz, con tan pocos medios, de llegar a hacer esta creación. Ya son más de tres millones de personas a los que ayudan de una manera u otra. Es una organización con una gran credibilidad del uso que hace del dinero, distribuyéndolo de una manera muy sabia, escueta y muy transparente. Cuando las cuentas son tan claras y el proyecto funciona, este crece. Eso es lo que te asombra, la capacidad de la Fundación de llegar a los demás y la gran cantidad de voluntarios que van allí a ofrecer sus conocimientos y su tiempo libre. Además, esos mismos voluntarios contagian a otras personas para que participen en ese sueño.

